

# Tarde de estudio

*Javier Hernando Bravo*

Ella era una continua prueba para su paciencia. Y aquella tarde, sentados en su habitación, todos los recuerdos del pasado volvían a su mente una vez más.

Se conocían desde bastantes años atrás y no podía decirse que hubieran empezado con buen pie. Incluso en las primeras etapas de su relación, cuando no eran más que dos compañeros de instituto, ya había quedado patente lo contrapuesto de sus caracteres. Mientras que ella era un torbellino de genio impulsivo que la llevaba a rebatir cualquier cosa y a estar constantemente metida en líos, él era tímido y calmado, poco dado a los grandes discursos pero con una gran capacidad de sorprender y desarmar cada vez que abría la boca.

Lo único que parecía unirles eran las Matemáticas, y ni siquiera en aquello estaban de acuerdo. Ellas las detestaba hasta el punto de no parar de repetir que jamás estudiaría nada relacionado con ellas. Sin llegar a sentir auténtica pasión por ellas, él ya había asumido que serían parte de sus herramientas de trabajo en el futuro. Como si de un irónico límite puntual se tratase, la sucesión de acontecimientos parecía condenada a converger en un mismo punto para ambos.

Nadie sabía cómo empezó, pero en día cualquiera comenzaron a estudiar juntos y ya nunca más se separaron. Y ahora, sentados en su habitación, él la observaba desesperarse una vez más.

Hacía ya tres años que sus caminos se habían separado un poco. En su constante huida de los números, ella empezó a estudiar Derecho, con la ilusión de llegar a ser una buena abogada laborista que pusiese su granito de arena a la integración e igualdad de las mujeres en el mundo empresarial. Sin embargo, ni siquiera entonces había conseguido librarse de las Matemáticas. Como él le repetía constantemente, las Matemáticas estaban presentes en todas partes y formaban parte de todo. Muy a su pesar, estaba destinada a seguir padeciéndolas, ya fuera por la aparentemente irrelevante importancia que suponían para su carrera las operaciones matriciales o simplemente por seguir viendo cada cierto tiempo al chico que la había ayudado a sobrellevarlas desde todo este tiempo y con el que, con o sin Matemáticas, siempre estaría unida gracias a una gran amistad que se había fortalecido con el paso de los años.

Desde que empezó la carrera, había sido incapaz de aprobar aquella dichosa asignatura. Las convocatorias pasaban y las oportunidades de terminar con éxito aquello que había empezado se desvanecían poco a poco. Quizás no había puesto de su parte todo lo que debería o

simplemente estaba condenada a no entenderse con las Matemáticas una vez más, pero, en cualquier caso, él era la única persona que podía ayudarla y, una vez más, le había ofrecido toda la ayuda que le hiciera falta.

– Odio las matrices – suspiró con resignación dejando caer el bolígrafo sobre la mesa – No le veo la gracia a los *autonúmeros* esos. ¿Para qué me puede servir la regla de Sarrus a mí? – continuó en tono quejicoso.

– Autovalores – La corrigió con suavidad – Y aunque a ti te parezcan una tontería tienen bastantes más aplicaciones de las que te imaginas – Hizo una pausa – Por ejemplo, se pueden utilizar los autovectores para crear sistemas de reconocimiento de rostros – Ella mostró una mueca de asombro – Seguro que algún compañero tuyo termina usándolo alguna vez.

- Sí... quizás tengas razón – dijo sin demasiado convencimiento en su voz – Pero esto no es como cuando hace años me explicabas las propiedades de las fracciones o las áreas y los volúmenes. Con las fórmulas me bastaba con memorizarlas y utilizarlas. Me parece muy bien que esto tenga utilidad, pero yo lo que quiero es terminar la carrera y no trabajar en nada que tenga que ver con los números.

Él suspiró.

- Pitágoras, Gauss... ¿a quién le interesa? – se quejaba una vez más - ¿No crees que por algo será que no haya mujeres entre esos nombres? – preguntó con sarcasmo. Nosotras hacemos cosas más importantes – dijo esbozando una sonrisa pícaro.

- Emmy Noether – repitió – Una gran matemática – mantenía ese tono neutro pero serio que a ella tanto le divertía – La mejor de toda la historia. Dicho por Einstein – sonrió dando golpecitos con los dedos en la mesa.

- Me tomas el pelo, ¿verdad? – tenía los ojos abiertos de par en par – Te lo estás inventado.

Sin variar un ápice su expresión se levantó en silencio y salió de la habitación dejándola sola con sus dudas. Aunque con el tiempo y con mucha práctica y esfuerzo había aprendido a defenderse de su peculiar sentido del humor, a veces tenía que enfrentarse a situaciones en las que no sabía distinguir si hablaba completamente en serio.

Alzó la vista al escuchar sus pasos de regreso. Volvía con un libro en la mano, a simple vista parecía el tomo de una enciclopedia. Rebuscó entre las páginas y lo dejó abierto sobre la mesa.

- Aquí la tienes – dijo señalando una fotografía en blanco y negro – Esta buena mujer es Emmy Noether. Aunque el teorema que enunció tiene más usos físicos que matemáticos, es la prueba de que te equivocas.

- No entiendo qué tiene que ver conmigo – murmuró – Y más si nos metemos ya en la Física.

- Tenéis en común más de lo que imaginas. En su época, las Matemáticas eran un campo restringido casi por completo a los hombres, y no lo tuvo nada fácil – explicó – Al igual que ella, tú también quieres luchar por aquello en lo que crees. Y tienes que asumir que no siempre todo va a ser fácil o de tu agrado – Cogió un par de folios llenos de operaciones y se los mostró – Si dejas que esto te desespere, estarás fallando a todas esas mujeres a las que dices que quieres ayudar – Hizo una pausa – pero también te estarás fallando a ti. Y la estarás fallando a ella – añadió señalando el libro una vez más.

Ella bajó de nuevo la vista a los apuntes que había sobre la mesa y esbozó aquella sonrisa que tantas veces le había encandilado. Cerró el libro y se quedó mirándola en silencio. Había conseguido que al menos aquella tarde las matemáticas le interesasen un poco más, aunque fuese a costa de la lucha de una gran mujer mucho tiempo atrás.

Pensó que a ella también le esperaban muchas batallas y sonrió.

Sus miradas se cruzaron llenas de complicidad.

- ¿A qué esperas? – dijo ella – Estas matrices no van a diagonalizarse solas